

Adiós al Jesucristo de mi vida

A vueltas con la transmisión de la fe

**M^a Ángeles
López Romero**

Prólogo de
Javier Elzo



ADIÓS AL *JESUSITODEMIVIDA*

A VUELTAS CON LA TRANSMISIÓN DE LA FE

M^a Ángeles López Romero

Prólogo de Javier Elzo



Diseño de cubierta: José Ignacio Molano / Estudio SM

© 2014, María Ángeles López Romero
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2676-1
Depósito legal: M-157-2014
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

1. <i>JESUSITODEMIVIDA</i>	21
1. La devoción de otros tiempos	24
2. La fe como contracultura	26
2. LA FAMILIA COMO ÁMBITO NATURAL DE LA TRANSMISIÓN DE LA FE	29
1. Retrato de la generación blandiblup	30
a) Protectores	33
b) Miedosos	34
c) Consentidores	35
d) Culpables	38
2. Tipos de familias creyentes	43
a) Familias liberales	43
b) Familias acomplejadas	43
c) Familias de creyentes «aficionados»	44
d) Familias de creyentes sociales	45
e) Familias creyentes comprometidas	46
f) Familias fundamentalistas	47
g) Conversos por interés	48
3. LA PARROQUIA	50
1. Un trámite incómodo para acceder a la primera comunión	51
2. El reenganche	54

4. LA ESCUELA	58
1. La mala imagen que arrastra el profesorado	65
2. Conexión padres-alumnos-profesores	72
a) Oferta alternativa	73
b) Referente de la educación en valores ...	74
3. Un nuevo modelo de asignatura de Religión	76
5. OTROS TRANSMISORES	80
1. Los obispos y el contexto	80
2. Ilustradores, cantantes, artistas... Cultura con sabor cristiano	87
3. Los medios de comunicación confesionales .	92
4. Fondo y forma	97
6. DE QUÉ DIOS HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE DIOS	99
1. Entre el amor y las catástrofes	102
2. El rostro verdadero	105
3. Dios Madre, pobre, de colores	107
7. PROPUESTAS PARA UNA COMUNICACIÓN DE DIOS MÁS EFICAZ	111
1. Los «apellidos» de Dios	111
2. Un nuevo lenguaje: la imaginación	117
3. Nuevos emisores, nuevos altavoces de la fe	124
4. Hablar al hombre de hoy: demócrata, maduro, igual	126
5. Transparencia, credibilidad y sentido del humor	132

8. CUESTIÓN DE (BUENA) FE	134
1. Vivencia	137
2. Anemia creyente	141
3. Distintos barcos	143
9. VOLVER A LO ESENCIAL	147
1. Hijos del Dios del amor	148
2. Trabajar por el reinado de Dios	150
3. Como Jesús	151
4. El milagro de la justicia está en tus manos	152
5. Un plan para alcanzar la felicidad	154
10. CONCLUSIÓN: TESTIMONIO, TESTIMONIO, TESTIMONIO. EJEMPLO DE VIDA	158
1. Cambiar el objetivo	161
2. Una fe que duda	163
3. Todo por decir	165
BIBLIOGRAFÍA PARA PROFUNDIZAR	171

Para Paloma, mi correctora y amiga fiel,
cuya confianza en mí mueve hasta las montañas
que separan agnosticismo y fe.
Y para Conchita y Paco, porque
sin su amor y su concurso
este libro nunca habría visto la luz.

«Ser cristiano es aceptarse como las manos de Dios
en el mundo»
O. LE GENDRE

DEL RUMOR DE DIOS, TRANSITANDO DE LA *POTESTAS* A LA *AUCTORITAS*

Ma Ángeles López Romero, en este aleccionador, realista, sencillo a la par que profundo libro, pone en mi boca la idea de que entre la juventud española «hay muchos para quienes no hay un “humus religioso” en su entorno, no perciben rumores de Dios, de modo que la fe, para ellos, no forma parte de lo plausible. Incluso puede suceder que el rumor que les llegue les aleje del relato de Dios». En realidad estoy trasladando, en alguna publicación mía, la experiencia de fe del gran sociólogo vienés, afincado en Estados Unidos, Peter Berger en su más que estimulante libro *Cuestiones sobre la fe*. Peter Berger trae a colación esta fórmula de san Agustín: «Nadie cree en algo si previamente no piensa que es creíble», y la comenta señalando que, en la dinámica de la fe, hay un movimiento del *credendum* al *credo*, y añade que «este *credo* es el resultado de mi respuesta a una historia particular que me ha sido comunicada a través de otros seres humanos, algunos aún en vida, otros hace ya mucho desaparecidos. El relato llega hasta mí como un rumor de Dios. Escucho el relato y, en el acto de fe, le res-

pondo con un sí»¹. Como se ve, la fe, su fe, según Berger, no es otra cosa que un sí personal a un relato que él ha percibido en su entorno, básica pero no exclusivamente familiar, un relato en el que él percibía como un rumor de Dios.

Quizá de forma algo más intelectual y elaborada no otra cosa dice Paul Ricoeur de su fe cristiana cuando, en una publicación póstuma suya, encontrada entre sus papeles manuscritos tras su fallecimiento, califica su cristianismo como «un azar transformado en destino por una elección continuada»². Y lo explicita con estas palabras:

Un azar: de nacimiento y, más ampliamente, de herencia cultural. Cuando se me ha objetado que «si usted fuera chino, hay pocas probabilidades de que fuera [*sic*] cristiano», he solido responder: ciertamente, pero usted no habla de mí, sino de otra persona. Yo no puedo escoger ni mis antepasados ni mis contemporáneos. Hay en mis orígenes una parte de aleatorio, si miro las cosas desde el exterior, y si yo las considero desde dentro, un hecho situacional irreductible. Así soy yo, por nacimiento y por herencia. Y lo asumo. Yo he nacido y he crecido en la fe cristiana de tradición reformada. Es esta herencia, indefinidamente confrontada, en el plano del *estudio*, con

¹ P. BERGER, *Cuestiones sobre la fe*. Barcelona, Herder, 2006, pp. 30-31.

² «Fragments» 1, en *Vivant jusqu'à la mort, suivi de Fragments*. París, Seuil, 2007, pp. 99-103.

todas las tradiciones adversas o compatibles, la que yo digo transformada en destino por una elección continuada. [...] Por esta elección continuada, un azar [se] transforma en destino. Con la expresión «destino» no designo ninguna coacción, ninguna carga insoportable, ninguna desgracia, sino el estatus mismo de una convicción de la que yo puedo decir: a esto yo me adhiero, adhesión que, en el caso del cristianismo, al que yo me adhiero, comporta el apego a una figura personal, Jesús de Nazaret, bajo la cual el Infinito, el Altísimo, se entrega por amor.

Ricoeur vive su fe como un «absoluto relativo». Relativo desde el punto de vista «objetivo» de la sociología de las religiones.

La modalidad de cristianismo a la que yo me adhiero se distingue como una religión entre otras dentro del mapa de la «dispersión» y de la «confusión» después de Babel; después de Babel no designa ninguna catástrofe, sino la simple constatación de la pluralidad característica de todos los fenómenos humanos.

Relativismo, si se quiere. Yo asumo ese juicio desde el exterior. Pero, para mí, vivido desde dentro, mi adhesión es absoluta, en tanto que incomparable, no radicalmente escogida, no arbitrariamente planteada. Yo mantengo la inserción del predicado «relativo» en el sintagma «absoluto relativo» para inscribir, en la confesión de la adhesión, la marca de lo aleatorio de los orígenes, alzado al rango de destino mediante una elección continuada. Absoluto relativo: confesión de debilidad *pública*, de una adhesión *fuerte* en mi corazón.

El magnífico texto de Ricoeur (no se cansen de leerlo y releerlo) pone de manifiesto la dimensión profundamente humana y, en gran medida, accidental de la adscripción religiosa de las personas. Se es católico (o protestante, o budista, o musulmán, o agnóstico, etc.) en gran medida en razón del ámbito en el que «has caído» en este mundo. Comenzando por la familia en la que han transcurrido los primeros años de tu vida, adquiriendo el primer año, al decir de los expertos, cada vez más relevancia. Este fenómeno de puro y duro azar, el lugar donde naces y creces en tu primera infancia, resulta, a la postre, determinante de tus planteamientos religiosos. Obviamente, después podrás renegar o asumir, afianzar, reformar, nunca olvidar, aunque quizá sí «refular» –ocultar inconscientemente– lo recibido. Sí, pero precisamente desde lo recibido. El acto de fe no es otra cosa sino la asunción adulta de lo recibido. Es la diferencia que hay, refiriéndome a los sacramentos de la confesión católica, entre el bautismo recibido de niño y la voluntaria y reflexionada confirmación del adulto. Y, más allá del acto sacramental de la confirmación, en la «puesta al día» de la fe recibida y asumida.

Muchas veces me he servido de estos textos para hablar de la fe y de la religiosidad de los jóvenes españoles, remarcando la importancia de lo recibido, del humus del entorno en que las nuevas generaciones

nacen y se hacen adolescentes, jóvenes y adultas. Y muchas veces he significado, como recuerda M^a Ángeles en este libro, que ese humus falta en el entorno de muchos de nuestros hijos y nietos, y, cosa que puede ser aún peor, el humus que reciben, el rumor que les llegue, les aleje del relato de Dios. Del Dios de Jesús, quiero decir.

Pienso que, en nuestros días, terminando ya el año 2013, con la profusión de las nuevas tecnologías de intercomunicación, las reflexiones de Paul Ricoeur y la idea de san Agustín, recogida por Peter Berger, mantienen toda su actualidad. Pero hay más. El sociólogo vienés fue uno de los teóricos de la secularización, allá en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Pero el año 1999 dirigió un trabajo colectivo. *The Desecularization of the World: Resurgent Religion and World Politics*³, que no está traducido al español, e incluso su traducción al francés está absolutamente agotada⁴. Su tesis central la expresa con estas palabras:

La idea según la cual vivimos en un mundo secularizado es falsa. El mundo de hoy, con algunas excepciones que mostraré más adelante, es tan furiosamente religioso como siempre lo ha sido; incluso lo es en mayor

³ Grand Rapids, MI, W. B. Eerdmans, 1999.

⁴ *Le réenchantement du monde*. París, Bayard, 2001.

medida en determinados lugares. Esto significa que todo un conjunto de trabajos estampillados por los historiadores y los sociólogos como «teoría de la secularización» son, en lo esencial, erróneos. Yo he contribuido a esta literatura en mis anteriores investigaciones. Estaba en buena compañía, pues la mayor parte de los sociólogos de la religión profesaban estas ideas, y había buenas razones para ello. [...] La idea es simple: la modernización conduce de forma ineluctable al ocaso de la religión, tanto en la sociedad como en la conciencia de los individuos. Pues bien, es esta idea clave la que se ha revelado errónea (p. 15 de la edición francesa).

Más adelante se refiere Berger a las excepciones a la tesis de la –perdonen el barbarismo– desecularización. Son dos. La primera sería Europa occidental, aunque señala que, en muchos países de Europa, en realidad es más la desafección hacia las Iglesias oficiales que una secularización en toda regla lo que sucede, pues diferentes indicadores muestran la fuerza de la presencia de la religiosidad, mayoritariamente cristiana, en la población. Es el caso, en concreto, de España, añado yo, donde más del 70 % de los españoles se dicen católicos, pero solamente el 38 % aprueba la labor de la Iglesia católica, y apenas el 16 % la de los obispos.

La otra excepción esgrimida por Peter Berger, y a la que da incluso más consistencia que a la anterior, la refiere así:

Existe una subcultura internacional, la compuesta por personas que han recibido una educación superior occidental, y en particular en humanidades y en ciencias sociales, que, en efecto, se ha secularizado. Esta subcultura es el principal vector de las creencias y de los valores progresistas heredados del Siglo de las Luces. Aunque sus miembros no son muy numerosos, son muy influyentes y controlan las instituciones que producen las definiciones «oficiales» de la realidad en el sistema educativo, en los medios de comunicación de masas y en la cúpula del Estado. Son muy similares entre sí de forma llamativa en el mundo entero, como se ha comprobado desde hace mucho tiempo (aunque los protagonistas de esta cultura apenas se encuentran en el mundo musulmán). No soy capaz de explicar por qué aquellos que han recibido este tipo de educación son tan accesibles a la secularización. No puedo sino subrayar que lo que observamos aquí es la cultura de una *élite globalizada* (p. 26 de la edición francesa).

Es evidente que, en España, la mayoría de los intelectuales forman parte de la «élite globalizada» secularizada que refiere Berger, y que no pocas veces se expresan en manifestaciones rabiosamente anticlericales. También es cierto que hay algunos intelectuales que hacen una lectura fundamentalista de la realidad desde la cristiandad y parecen enfrentados al mundo, al que consideran pagano. Otros, apenas un puñado, buscamos un cristianismo adulto, en día-

logo con el mundo de hoy en pro de una sociedad más convivial, más justa, con el aliño esencial de la caridad, con la increíble pretensión de ser las manos anónimas de Dios Amor en el mundo.

El mundo de hoy, ya lo apuntaba arriba, vive la era Internet, con la profusión de redes sociales de intercomunicación. La socialización tradicional, la que históricamente ejercían los adultos sobre los menores, básicamente a través de la familia y de la escuela, ha sufrido, está sufriendo, unos cambios vertiginosos. Muchos padres y profesores se sienten desbordados en su labor educativa en general y en la transmisión de la fe en particular. Es lo que aborda con maestría y, lo que es más difícil, con pedagógica sencillez y realismo, la autora del presente libro, que tengo el honor de prologar. La labor de padres y educadores en la era Internet es, al mismo tiempo, más compleja y más necesaria que nunca. Compleja por la aceleración vital de un mundo que vive en la incertidumbre, asaetado por mil y una informaciones a través de las nuevas tecnologías, e imprescindible, pues, en consecuencia, hoy más que nunca es fundamental formar a las nuevas generaciones para que sepan distinguir el trigo de la cizaña en los *inputs* que les llegan.

Por otra parte, no hay que olvidar que las redes sociales, los foros de discusión y demás espacios de intercomunicación permiten a los adolescentes obtener respuestas inmediatas a cuestiones delicadas e impor-

tantes para ellos, manteniendo el anonimato, cuestión esta última que, insisto fuertemente en ello, exige un profundo estudio. Se han convertido en importantes agentes de socialización respecto de sus padres y profesores en el normal y bienvenido proceso de autonomía. Con la característica diferencial de que si en el mundo real los adultos, bien o mal, guían y educan a niños y adolescentes hacia la vida social, hacia lo que se puede o debe hacer, por el contrario, en el mundo virtual son los más jóvenes los que acceden, solos y directamente, a un mundo virgen que, muchas veces, controlan mejor que los adultos.

En este mundo han de crecer nuestros menores, nuestros adolescentes y jóvenes, y con mano maestra Ma^a Ángeles analiza la situación con un acercamiento fenomenológico a los diferentes modos de ser padre, profesor, medio de comunicación, etc. que percibe en el mundo actual, *ad intra* y *ad extra* de la Iglesia. En particular sostiene que «la familia es el espacio natural de transmisión de la fe y, cuando esta falla en su función, poco más se puede hacer desde otros ámbitos». De la misma forma que, pensando en el profesor de Religión (asignatura y profesor a los que somete a un análisis muy penetrante), escribe que «probablemente haya mucha otra información sobre el hecho religioso que no llegue a tener nunca [el educando] si no es a través de la clase de Religión. Tienen, pues, los profesores una enorme responsabilidad y una ardua

tarea por delante. Pero no están solos en esto. No del todo, al menos».

Ya acercándose al final de su libro, la autora, redactora jefe de la revista *21*, piensa más allá de la familia y de la escuela y escribe estas bellas y ajustadas reflexiones:

Una de las exigencias para hacer llegar este mensaje [evangélico] es inculturarlo, actualizarlo conforme a los signos de los tiempos, como recomendó el Concilio Vaticano II. Algo que la Iglesia ha sabido aplicar muchas veces en su labor misionera y, sin embargo, no lo ha entendido necesario para proclamar el Evangelio en Occidente. La inculturación, ¿de qué manera? En primer lugar, adaptando el lenguaje a los tiempos, al público, al medio. Hacen falta profesionales preparados para traducir el mensaje de Jesús. O, mejor dicho, para recuperar la capacidad ilusionante y transformadora de sus parábolas. Hay que evitar el lenguaje de la catequesis y aprovechar las oportunidades que ofrece el periodismo moderno. Y no por ello estaremos siendo menos fieles a nuestra misión.

En segundo lugar, adaptando igualmente a los tiempos el lenguaje audiovisual. Por desgracia, la Iglesia, que fue generadora de lenguajes artísticos y estéticos durante siglos, se ha quedado anclada en el pasado. ¿Por qué todos usamos habitualmente Internet, nos dejamos seducir por los mensajes publicitarios, disfrutamos con la música de Rosana o una escultura de Oteiza y, sin embargo, a la hora de ilustrar nuestras revistas y ame-

nizar nuestras catequesis y liturgias recurrimos exclusivamente al Cristo de Velázquez o la música gregoriana? No tengamos miedo de aprovechar los recursos estéticos de nuestro tiempo. Es la única manera de hacer llegar el mensaje al hombre y la mujer de hoy.

Me permito añadir, para cerrar estas páginas, una idea de la que me he servido estos últimos años, los años de Internet, como actitud básica que adoptar por padres, profesores y en general educadores: hemos de transitar, sin miedo, de la *potestas* a la *auctoritas*. La aceleración del tiempo presente, acentuado aún más con las nuevas tecnologías de la intercomunicación, con la instantaneidad que conllevan en muchos casos, me parece que es un elemento absolutamente central, además de novedoso, en los inicios de la segunda década del siglo XXI. En septiembre de 2011 participé en Madrid en un congreso sobre «Padres e hijos en conflicto», con una conferencia cuyo título reflejaba bien mi argumentación: «De la *potestas* a la *auctoritas* en tiempos de impotencia». Prolongaba unas breves reflexiones que publiqué en *Cuadernos de Pedagogía* sobre el nuevo papel de padres y maestros en unos momentos en los que el auge de los nuevos agentes de socialización a través de las TIC parecía afianzarse. Escribí que «la veracidad y fiabilidad de las informaciones (de los padres, de los profesores y de los medios de comunicación social) son hoy más importantes que nunca en la formación de las

nuevas generaciones. Los padres y profesores se están jugando su autoridad y los medios de comunicación (en el soporte que sea) su mera supervivencia»⁵.

Estas cuestiones, las de la filiación, la relaciones intrageneracionales en el seno de la familia, al modo de *auctoritas* y no de la *potestas*, y todo ello ante el auge de las nuevas tecnologías de intercomunicación, nos parecen temas de primer orden. Con Internet surgen nuevos «competidores educativos», pero el papel de padres y profesores es todavía mayor. Solamente ellos están en contacto «real» con el menor, y solo ellos pueden controlar, en directo, sus reacciones. Pero, insisto en ello, privilegiando la *auctoritas* sobre la *potestas* en la relación con el menor, pues ni padres ni profesores lo saben todo, pero, *solamente* padres y profesores pueden seguir su desarrollo personal y educativo.

La «autoridad» respecto de los *inputs* que el menor recibe de los medios de comunicación social, de las redes sociales, de Internet en general, supone del adulto, padre o madre, profesor, periodista, etc.:

- 1) Capacidad de contextualizar al educando.
- 2) Enseñarle a discernir la fuente válida (responde al tema abordado) y fiable (las fuentes lo hacen con precisión).

⁵ J. ELZO, «El problema de la disciplina escolar no está en la escuela», en *Cuadernos de Pedagogía* 396 (2010), pp. 16-21.

- 3) Poner en duda las afirmaciones no fundamentadas.
- 4) Saber discernir el esquema de valores, explícito o implícito, del educando.
- 5) Saber ayudar a ordenar su mente y mundo emocional buscando su competencia integral.

El modelo patriarcal, mediterráneo, de matriz católico-autoritaria, está desapareciendo en lo patriarcal y autoritario. Afortunadamente. Pero el modelo de matriz nórdico-protestante, (mal) copiado en España, ha devaluado la familia y entronizado la pareja, y cada miembro de la pareja, en su individualidad. Así, la *potestas* pierde su razón de ser y la *auctoritas* tiene dificultades para instaurarse. Esto es la muerte de la familia, no tanto, aun sin olvidarlo, los diferentes modelos formales de uniones familiares que ahora constatamos, particularmente en la fragilidad (volatilidad incluso) en la que están instalados, siendo los hijos (demasiado a menudo reducidos a la mera categoría de niños) quienes en mayor grado lo padecen.

Un autor por el que tengo devoción es Rob Rie-
men. Escribe:

No puede haber civilización sin la conciencia de que el ser humano posee una dimensión física y terrenal, pero se distingue de los animales por atesorar, *a la vez*, una vertiente espiritual: conoce el mundo de las ideas. Es

una criatura que sabe de la verdad, la bondad y la belleza, que sabe de la esencia de la libertad y de la justicia, del amor y de la misericordia. El fundamento de cualquier clase de civilización hay que buscarlo en la idea de que el ser humano no debe su dignidad y su verdadera identidad a lo que es –carne y hueso–, sino a lo que debe ser: el portador de dichas cualidades vitales eternas⁶.

El libro de Ma^a Ángeles López Romero, desde una nítida perspectiva espiritual cristiana, aborda la importancia de una *auctoritas* que recoja lo esencial de la tradición familiar de matriz cristiana, abandonando el lastre del autoritarismo patriarcalista, pero sin caer en el individualismo egocéntrico del modelo familiar en el que «el otro» en la pareja no aparece sino como una prótesis psicológica que, como tal prótesis, está llamada a desaparecer, modelo familiar en el que el niño es un estorbo o una asidera para sostener una relación adulta fenecida. Lo que no sé qué es peor.

JAVIER ELZO
catedrático emérito de Sociología
de la Universidad de Deusto

⁶ R. RIEMEN, *Nobleza de espíritu*. Barcelona, Arcadia, 2006, p. 89.